

Manuel Fuentesa Valonero

I
RECUERDOS
MANUSCRITOS

21 marzo 2021

¡Feliz ochenta cumpleaños papá!

Ya tienes tu libro editado

Ahora, poco a poco, a por tu libro manuscrito.

¡Te queremos mucho!

Edwards

~~Alina~~

Daniel

Ale

Toda
una
vida

Nací en Puebla de Jazmán un veintuno de marzo del cuarenta y uno. A unos días me llevaron a Santa Bárbara donde viví hasta mis quince años; esto hace que, se quiera o no, este pueblo forme parte de ser el que soy. Pueblo pequeño en el que no tienes una casa, ni una calle; tienes un pueblo entero para ti. Con muy poquito, felices; con un coche que pase un día, con un arrión que vuele una tarde, nos llena de felicidad. Pelotas de trapo, porterías con postes de piedras y largueros imaginarios para ojos de buen cubero. Todas, todas las horas de buten; las mejores las de las siestas. Cuando apretaba la calor y a rebullir el caldo del garpacho, los mayores se largaban a la alcoba y los niños a escaparnos, sigilosamente, por la puerta falsa para un sinfín de prohibiciones que alternábamos día a día y todas con el tiempo calculado para estar en casa a los despertares de las alcobas.

Santa
Bárbara de
Casa

SANTA BÁRBARA DE CASA

Al norte la Santa con su ermita blanca; al sur la Corralá con la Casa Grande; la iglesia en el centro con la calle Rica a un lado, el Cabecillo a otro y al frente la calle Nueva que por el oeste nos lleva al Santo; la calle del Cuartel bordea al pueblo por el este.

PUEBLA DE GUZMÁN

La exaltación de las últimas victorias se perpetúa en el centro de las calles mientras en los asentamientos de los arrabales se hacina la miseria; en ese entorno de posguerra nací en Puebla de Guzmán cerca de la Cebadilla de donde a pocos días me trasladaron a Santa Bárbara de Casa. En esta tesitura no sé dónde vi la luz por primera vez pues en aquel tiempo los ojos de un recién nacido no eran precoces en abrirse, de lo que se deriva que dilucidar fielmente de dónde soy nativo es difícil de dirimir. Apenas un par de años llegamos a vivir en la primera casa que tuvimos en Santa Bárbara de la que conservo las imágenes de las losas marrones del pavimento del salón, las lajas del patio y el huerto del cortinal con su alberca y su parra que yo siempre vi cargada de uvas negras arrugadas. Todos los atardeceres un tintineo de esquilas me hacían gatear hasta la puerta. Mi madre, siempre al tanto, decía:

"buenas tardes, señor Diego."

y el pastor respondía: 9

"buenas tardes, señora Julia".

A poco el pastor dejaba en la puerta una cantarilla de leche del reciente ordeño.

De la primera casa pasamos a otra de la que se divisaba la Santa, la parte más alta del pueblo coronada por la ermita de la patrona; aseguro que esta mi segunda vivienda me dio vida hasta mis quince años de los que a mis primeros días en ella ya se me quedó grabada la imagen de un matarife que desangraba un cerdo cuya sangre caía a borbotones a un lebrillo de color miel. Pronto tomo a este pueblo como mío, al que hoy me acerco en este caluroso mes de agosto a reavivar mis raíces tras medio siglo de ausencia sin un adarme de fe de hallar persona alguna que me tenga vivo en su memoria.

Al pisar la que fue mi calle vi a mi vecino Mario en el umbral de su casa. Entrambos echamos a volar más que memoria, imaginación: él quería verme sesenta años atrás; yo intentaba verlo, igualmente, sobre sus quince de edad. Encorvándose a una jaula que apretaba entre sus piernas, percibí su cara cuarteada por surcos; los de su frente que bajaban y se fundían en el

entrecejo y los de sus pómulos abiertos en abanicos que cerrándose subían hasta la comisura de los párpados. Vestía pantalón de pana marrón, camisa caqui y gorra negra de visera a medio calar que abandonaba al aire mechones de su pelo negro moteados de canas; no dejaba de estar chapado a la antigua como su padre, como tío Diego, que así era conocido en el pueblo.

Mario es absoluto locuar y lo que habla lo hace como quien es.

- ¿Qué hay? - pregunto con intención de que se abriera.
- ¿Recuerdas tu calle? - me dice eludiendo mi pregunta.
- Salvo el asfaltado de la calle y el remozado de las fachadas todo sigue igual - le contesto.
- ¿A los que van pasando ¿los conoces? - pregunta de nuevo.
- Conocerlos no, pero los saco por la pinta - le contesto.

Mario guarda un largo silencio; intuí que deseaba ver alambrear cuanto antes a su pájaro, por lo que justifico mi marcha y le digo adiós, dejando en el la viva estampa de tío Diego a la puerta de su casa y al fondo de la misma el entremijo con viejos olores rancios de requesones.

Llego a la que fue mi casa justo frente a la de Mario; como estaba cerrada me siento en el umbral y de pronto me abordó aquel trajío de antaño: tintineos de cántaros en an-

garillas, grescas de gorriones en la casa grande, voces de truelino a los mulos de su carro, trájín que tantas veces me despertó al amanecer, que tantas veces me irritaría y que ahora tantas veces con nostalgia echo de menos. Y traspassando igualmente el tiempo me llega del interior el uchiueo de la perdiz en la pared encalada del patio, el zumbido del abejorro en las campanillas azules de la enriedadera, el exudar del piporro en el brocal del pozo y me viene, también, el calor de familia.

Una tarde tuve fiebre; mis amigos jugaban al fresco. Por el postigo de mi habitación entraban sus palabras entrecortadas que yo por las risas de unos y el silencio de otros me figuraba cómo iba el juego. Don Juan llegó a mi cama; apretó mi muñeca, miró su reloj, me hizo sacar la lengua y dejó un rato bajo mi brazo el frío cristal de las décimas. Se marchó rápido grabándose en mi mente el blanco del empeine agujereado de sus zapatos.

Aún guardo sensaciones de aquel tiempo tan lejano ya:

- Aquellos primeros olores: amaneceres con aroma de café y, ya en la calle, el olor

del barniz en las cejillas; bocanadas por las puertas de par en par: bocanadas de higos pasados, bocanadas de melones maduros y, de una puerta tras otra, el olor del comino de las chacinas, el del orégano de las aceitunas y, de algunas otras, el olor del salmorejo, el de la hierbabuena o el del culantro, sin olvidar la fragancia del jazmín a lo largo de la mañana, la de la dama de noche al caer la tarde y un olor a todas horas a pan, a familia y a pueblo.

- Los sonidos de las primeras horas: las esquilas del rebaño, el cacareo en los corrales, el griterío de los niños por las calles, la bocina del camión del pescado y, a media mañana, las voces de la venta de peros de la Tierra, las de cerezas de la Vera y las de cal de los caleros de Alcalá.

- A las tres de la tarde se dejaban oír, en el silencio de la siesta, el tic tac del reloj del pueblo, el zumbido de las avispas de alero en alero, el picoteo del carpintero en un tronco de alcornoque y, por algún sitio, el arrullo de la tortola. Las tres era nuestra hora; la hora de los niños, la hora de las escapadas. Una tarde, cuando el calor sofocante mandó a nuestros padres a la frescura de la alcoba, mi hermano Lorenzo y yo nos escabullimos por la puerta falsa para cazar con red, pero

al camuflar él la malla en el ~~charco~~ un escorpión le clavó su aguijón. Carreras y a casa haciéndonos los inocentes.

- La casa grande, a dos pasos de la mía, me amedrentaba; aquella casa de tantos años cerrada, de muros caídos y cubiertos de yerbas bravías, aquellas puertas y ventanas por cuyas rendijas salía un ruido tan sordo y un vaho tan húmedo, aquella vieja casa, ¡caso! me amedrentaba, me quitaba el sueño, pero, a la vez, me provocaba. Un día, a la siesta, armándome de valor me lancé a una acción más que de travesura de osadía y alcancé el interior por una ventana que se tambaleaba. Una escalera para el sobrado, que se me presentó a mano, me incitó a subir al piso de arriba y, al punto, un escalofrío horripilante me caló los huesos: las rendijas por las que antes salía un ruido sordo y un vaho húmedo entraba, ahora, apenas un ajustado haz de luz que mantenía la estancia en tenue penumbra; gorriatos, sin saber levantar el vuelo, correteaban de cuarto en cuarto; arriba pendían culones del techo mientras las madres piaban desafortunadamente temiendo sus caídas. Por algunos sitios brillaban cascarones teñidos de amarillo por las yemas de los huevos estrellados y por otros, quedejas de pastos formando ovillos; y, allá en el fondo, una lechuza que te miraba fija con grandes ojos redondos.

- No he podido olvidar la casa de una vecina: no sé a qué hora de la noche el grito "la chota

está en el pozo" me despertó. Zancadas de botas en los pedruscos de la calle traqueteaban en mi cabeza. En un momento se hizo el silencio; no del todo que de lo más hondo de él me llegó un runrún tramando un robo en casa de la finada:

- "ahora todos están en el cortinal y la casa sola; rebusquemos en las arcas y baúles que la sorda tenía sus buenas presetas",

mascullo' uno de los rezagados. Quise gritar, pero mi voz se ahogó en la garganta. Me tapé la cabeza.

Sigo mi andanza: doy al Puerto con sus efluvios a pan de fresca hechura en el horno de mi amigo Ramón. Un alborear aporreé su ventana para llevar al alimón, como de costumbre, nuestro acopio de gamonitas para las antorchas de la Pura. Qué brinco no daría que al punto estaba a mi lado. Se nos había metido en la cabeza, qué puerilidad, que las mañanas de noviembre eran más frías que las de diciembre de ahí que todos los años dejáramos pasar san Andrés para nuestro quehacer, sin embargo, echamos mano de paramontañas por si acaso. De regreso apredugando con las cargas por tomizas bien prietas me admiraban sus zancadas como me admiraba, asimismo, su conversar siempre ameno y convincente:

- Daremos un rodeo al pueblo - me dijo.

- ¿Y eso? - pregunto.

- ¡Para poner los dientes largos? Mejor, no.

Tuvimos que esperar, pero la Pura llegó. ¡Cómo nuestras antorchas trocaban la noche en día! ¡Cómo dejaban en cada esquina cientos de estrellas fugaces! ¡Cuán-

tos chisporroteos! Luces y sombras. Albas y ocasos.

El Puerto tenía mucha vida. Un año por carnaval montaron una piñata desde la puerta de Minuto hasta la de Isabelo el sacristán. Bajo un cielo de serpentinatas y de flores de papel colgaba una olla de barro repleta de chucherías. La gente se apretujaba en las dos aceras de la estrecha calle dejando el centro al que con sus ojos tapados y un palo tenía que acertar y romper la olla. El palo se desvió y rompió la nariz de uno de los mellizos.

Tras el Puerto y a la izquierda la calle Valle de la que conservo muchos recuerdos: la casa de Faustino y de ella el día en que un viento de norte arrastró negras nubes que descargaron con fuerzas y se llevaron a sus niñas, amparadas bajo un puente, al mar de la eternidad; la de Paqui en la que muchas Nochebuenas hacíamos nuestra reunión entre olores de romero y sabores de pestiños; la de la fragua de Toribio en la que a cada uno de nuestros trompos se le incrustaba una púa candente, y la de nuestro amigo Evangelista que necesitaba penicilina por estar entre la vida y la muerte. La penicilina, nueva en el mundo, había llegado a Portugal antes que a nuestro pueblo. Un día mi padre fue por ella. En aquellos entonces había que atravesar el "Aseraó", una sierra muy abrupta. Para que sirva de referencia digo que ese día las jóvenes de España vestían de luto por la muerte de Manolete, un torero muy querido. Hoy, después de tantos años me enorgullece que mi padre se ofreciera para tan noble tarea. Tras el Puerto, a la

derecha ahora, la fábrica que al anochecer daba luz al pueblo y por cuya puerta entraba y salía mi buena amiga Remedios.

Evocando antorchas topé con la iglesia. Por el sur la Resolana cuya explanada empezaba a tomar vida al albor de la mañana; olor a sahumerios que trasminaban del culto religioso, martilleo del herrero en su yunque y zapateo nervioso de la recua por la terca mosca cojonera, querencias de hombres al pozo que corría, y corre aun, adosado al muro de la iglesia, al frente la cantina que despachaba carburo en papel de estraza, a la derecha la fábrica de gaseosas en botellas de golletes estrangulados, a la izquierda el cine con sus películas del oeste, en el centro el podio de quita y pon en el que el Niño Fermín cortaba la respiración con boleros de su saxo y bajo la media naranja un reloj de sol, un reloj mudo, tan mudo que ni siquiera a medianoche alteraba la serenidad del recinto.

Por poniente nada había cambiado; a un lado el mismo bar, el de Evangelista, con las mismas mesas y las mismas sillas conservando tanto unas como otras en sus ranuras dejes y resabios de antaño; picoteos de gorriones bajo las mesas y sobre ellas moscas pegajosas al borde de copas anisadas; las mismas bocacalles y los mismos aires que levantaban vencejos y golondrinas con aleteos de vuelos rasantes y los nuevos parroquianos con los mismos rostros cetrinos que sus padres, sentados a horcajadas.

en sillas de madera plegables y con brazos acodados en el respaldo de las mismas, atentos con miradas provocaces al contoneo de cuantas jóvenes subían o bajaban la calle para cortarles al punto los trajes necesarios. Al otro lado del bar el corresponsal que dejaba su pierna buena estirada al suelo y doblando la renga por la rodilla plantaba la suela de su bota en la pared y, así, recostado sobre la misma abría el diario de grandes hojas y se lo llevaba a un palmo de su nariz; en tal postura permanecía tiempo y tiempo escudriñándolo con sus quevedos de gruesas lentes bien engastadas en montura endeble. Luego bajaba despacio su periódico y se abstraía mirando a ningún sitio; posiblemente ya estaba en creación su crónica para el próximo número. Al rato, Mario - compartiendo nombre con mi vecino - dejaba caer su pierna colgada y de medio lado por mor de su cojera emprendía con tiento su retirada calle Rica arriba.

En lo más alto las campanas, a las que subo. Yo las manejaba bien. A la chica, que miraba al norte, le hacía dar vueltas y vueltas. Su repiqueteo era de júbilo, de gloria, de albricias. Cuando en esas tardes de verano llenas de sol tocaba orismar, los toques de sus volteos bajaban y congregaban a un nutrido grupo de niños que a los gritos de padrino pelón pretendían apañar algunas monedillas de cobre. Después la grande mirando a poniente y la mediana al sur. A veces, hacía sincronizar la campanada de la grande con la de la mediana; doble de tristeza, de pena. Cuando en esas mañanas de invierno, oscuras y frías, tocaba inhumar su doble se expandía y llenaba el ambiente de luto y.

abatimiento. Ese abatimiento me tocó sufrirlo pronto: se fue el amigo; el amigo con el que empecé mis primeras letras y con el que terminé mi trabajo profesional. Se fue de súbito; cerró la clase que tantos años tuvo como casa donde dejó sus fuerzas vencido por las fuerzas de la infancia y donde el color de su pelo negro tomó el color de la tiza blanca; donde se dio como mensaje a tantos hijos... hijos de otros padres y de una parte de su alma. Ahora solo el sentir mudo de las bancas sabrá de sus sueños y de sus desvelos; solo las bancas con secretos en tinta derramada a otro maestro darán el testigo para seguir formando en la enseñanza.

Del cuerpo de campanas bajo al interior de la iglesia. Al instante me llegan chisporroteos de la mariposa zigzagueante junto al altar y tufaradas de jarrones con flores marchitas. Por la vidriera del sur entraba la claridad del día. Bien que recuerdo una de aquellas mañanas que pudo ser fatal: tres feligresas oraban; otra contrita en el confesionario. En la sacristía tintineaba la vinajera y por las rendijas del cancel se colaban de la calle conversaciones confusas. El reloj del pueblo dejó caer una a una sus campanadas.

Las ocho. Tiro de la cuerda y empiezo a dar el último toque. Del bronce de la campana grande colgaba el hierro colado del badajo. Esa mañana al toque postrero el badajo se vino abajo; la argolla de la que pendía, la que le dio juego un día y otro, un año y otro, y hasta siglos, desgastada, lo dejó libre; por el hueco de las cuerdas se escapó. Golpe atonador

que inquietó en derredor; el cura saltó del confesionario con su estola volando de un lado a otro; la penitente pisaba los talones de quien se llevaba sus pecados sin absolución; las feligresas abandonaron sus reclinatorios con estrépito y yo, enajenado, con el badajo entre mis pies.

El Cabecillo a la izquierda del porche de la iglesia, la Rica a la derecha del mismo y al frente, la Nueva. El Cabecillo es una calle recoleta entre el reloj del ayuntamiento y la fragua de Toribio. Calle tan corta que llama la atención; las cuatro casas que miran a levante se llenan de sol al amanecer; una de ellas barbería a la que muchos llegaban más que por raer sus bigotes por estar al loro; el maestro, Domingo, al que le iba la marcha tanto como al primero le pudiera ir, elegía del semanario su verduquillo y, dándole tiempo al tiempo, suavizaba y enjabonaba largo y tendido con miras a que llegase el correveidile y soltara el mirló para entretener a la clientela antes que se desperdigara.

La calle Rica empieera en el bar que fue de Evangelista y más arriba el que fuera de Camisón a cuya puerta tomé asiento para aliviar piernas, sin embargo, respingué pronto.

- ¿es él? - me preguntó perplejo.

- ¡lo es! - me respondí.

¡Sí, era él; el mismo que su imagen se grabó en mí cuando empuñaba un cudrillo mangorero y asestaba grandes, pero que muy grandes.

cuchilladas en el pesuezo de un cerdo que vomitaba borbotones de sangre. Nunca me he visto libre de aquella profunda impresión. A este matarife, voluntario de la División Azul, lo tengo frente a mí arrellanado en su silla y con una mirada posiblemente perdida en los horrores de los campos de trabajos rusos, con una camisa roja arremangada hasta los codos dejando ver lo que más se quedó en mi mente: sus antebrazos musculosos, en aquel entonces cubiertos de vellos negros ensangrentados y que tantas veces se me han aparecido y me han cubierto de un sudor frío. Me alejé al instante.

Frente al bar la casa de mi tío Lorenzo. Mi tío Lorenzo y mi padre estuvieron los dos y al mismo tiempo en El Escorial en el colegio para hijos de la guardia civil, de ahí que en su día se viniesen juntos para Huelva. Yo no podía por menos que imaginármelos a sus doce años en El Escorial, en ese centro recientemente creado que se erigía "como premio a las virtudes de sus padres", frase avalada por la Reina Isabel II; allí la creación de la compañía de Guardias Jóvenes, motor de los Colegios de la Benemérita, todo un orgullo para los hijos del Cuerpo, para los "colegiales" como se les conocían o como, cariñosamente, los "polillas" que de ellos se formaría el Cuerpo. En esta institución de la reclusa Benemérita está su principal divisa el honor y su naturaleza apotética a la que mi padre tuvo que recurrir en alguna ocasión. Del uniforme de gala que vistió mi

mi padre en la banda de música a la perteneció desde los doce años hasta que salió de El Escorial me llegó el plumerero de su quepis y la corneta que le correspondió en la misma.

En la calle Rica, a la puerta de la casa de mi tío Lorenzo, se paseaba. Estos pueblos anderales tienen cada uno desde tiempo inmemorial una calle a la que cada día a una hora prevista del atardecer se congrega la juventud. En estos paseos hay miradas que se cruzan y por siempre volarán unidas. Y, también, amistades que vienen de la cuna; que lo saben todo de ti y a pesar de ello te quieren como de las que yo pude disfrutar en la quintaesencia de la amistad con Ceferino, Escudero, Remedios, Paqui... Voltaire decía que toda la grandera de este mundo no vale lo que un amigo fiel. Yo estuve un tiempo respirando el aire del pueblo esperando a que nacieran a los que después iban a ser mis amigos; a estos amigos les deseo el doble de lo que ellos me desean.

De mi primer maestro guardo la frase: "Un día el hombre llegará a la luna". De mi segundo, la excursión a las Carramolas que hicimos con canciones como "yo te daré una cosa que yo solo sé: café". El "café" encerraba el "Camarada, Adelante Falso Español". En un hule desplegado sobre la hierba el maestro dispuso un almuerzo abundante. A todo esto, me vienen, de esta escuela, borrosas imágenes: rincones donde se despellejaron rodillas, ventanales que chorrearon durvretes exhibiendo grandes orejas de burro, miedos en

cuarto oscuro de ratas y nalgas ensangrentadas por la decisión de un alumno encargado que no tenía reparo en dejarse calentar la mano por algún compañero. Eso sí, siempre estaré agradecido a los que iniciaron mi enseñanza, y recordaré mi primera cartilla, el cuaderno de palotes, la tinta de anilina y la pizarra en la que tracé mi primer número.

Tras las escuelas el salón del Bosque. Ahora, después de tanto, si ciervo los ojos y me centro en él se me viene de pronto la sábana blanca, como se me viene también la figura alta y cenicienta del dueño que con buena mano izquierda nos llamaba al orden para verse libre y poder manipular tranquilo su proyector; aplacados ya, sin tardar la sábana se iluminaba y se abarrotaba de cientos de dibujos animados que acogíamos con ilusión: Pinocho, el de madera de pino y nariz larga; Popeye el de las espinacas y tatuajes de anclas; Peter Pan, el que no quería crecer para no sufrir y Charlotte el del bastón y bombón.

En el último tramo una carpintería cerraba la calle por arriba. En esta, a un lado, una pila de tablas; en un banco, una garlopa que vomitaba rizos de virutas y en un torno, a la luz de una ventana, al maestro Aniceto que con tiento, entre gubias y lijas, desbastaba y suavizaba un tronco recio de encina para mi trompó; con él corrí a la fragua. En un rincón, un soberbio hierro; en otro, las manazas del herrero sin miramiento, con su pelle, su fogón y su yunque: carbón, aire, fuego agua y martillazos; una y otra vez, hasta

doblegar al soberbio y hacerlo entrar en la manera como un soplo de vida.

Firo a la derecha para enfilar la subida a la Santa y me doy con la casa de mi amigo Escudero; juntos las primeras letras en la calle Rica y juntos, cincuenta años más tarde, la jubilación en el Alcázar de Sevilla. De su casa me vienen imágenes de una matanza un día muy frío: alborozo, expectación alrededor de una mesa renegrida de sangre, presunción de un matarife avezado en el acero y con fortaleza para resistir los sarvillos del animal, llamaradas de tojos, olores de cerdas chamuscadas, botanadas de calor, el desuello, la sangre en el lebrillo, mujeres que embuten, niños que soplan tripas y niñas que cantan al corro. Ya de noche, tras el "cardillo", en un cuarto a la luz de un candil historias medrosas que luego te impedirían conciliar el sueño de un tirón.

Abandono la calle de mi amigo entre la casa del Cano y la de Juan el del Lunar. Desemboco al atajo. Se pierde el canto de las niñas y llega el arrullo de la tórtola.

Tras los escalones que salvan el desnivel de la cuesta con el porche de la ermita me tendí boca abajo para descargar el cuerpo de la caminata. Aliviado, me recreé desde arriba con recuerdos imborrables del pueblo de mi niñez: pelotas de trapos con las aportaciones de calcetines con tomates de unos, y de medias con carreras de otros, canicas de barro fofos,

cromos de futbolistas en papel volante, triquitiques chisporroteando entre las piernas de las niñas, pero que no se le pasaba por alto al municipal con su zurriago... Se me viene a la memoria, también, la sillita que tenía más que para tentarme para usarla como coche. ¡Cuántos viajes no di yo por todos los países del mundo! Que me pregunten, que me pregunten si no por ciudades y ciudades. Hoy, esto de menos mi coche; coche que guarda desde hace setenta años en su casa Anita la de las Peritas.

El sol empezaba a declinar. Caía en picado por mi derecha. El esfuerzo de callejear todo el día se recompensaba ahora: qué paz y qué silencio, apenas el murmullo del agua que subía del arroyo Casa; apenas el silbo de la alondra que bajaba del cielo. La ermita abierta. La imagen me trasladó a mi vecino Alonso, al joven que dejó el pueblo para buscarse la vida, al mismo que en Badajoz levantó varias bodegas vinateras conocidas por bodegas iglesias. Al mismo que en reconocimiento a su labor el nombre de Alonso Iglesias Infante preside en la misma ciudad calles, avenidas y polígonos industriales. Leí en su día que a don Alonso Iglesias se le podría considerar como hijo ilustre de Santa Bárbara. Se cuenta que en aquellos años bélicos por los que pasó España, Alonso, encerrado en un cuarto, estuvo a punto de morir entre llamas y que, en esos momentos de angustias se encomendó a su patrona Santa Bárbara. Pasados varios años, lo recuerdo bien, Igle-

sias llevó a su pueblo la imagen de la patrona para la ermita de Santa ante la que me encuentro en estos momentos.

Oscurece. Voy perdiendo noción de espacio y tiempo. Traspuesto entreveo la casa en que viví mis primeros años y de pronto se me agolpan escenas ya vividas:

Una niebla esperándose corre de la Santa abajo. Apenas si vislumbro ya la media naranja. Pero no, esta niebla no viene sola; esta niebla viene emparejada a un frío que congela. Atranco la puerta, encajo el postigo y pongo trapos en la gatera que la noche no está para flirteos de caballetes. Enciendo el quinqué; la luz de la fábrica tardará en llegar, además con su escasa potencia hará falta de todas formas. Ahora es la hora, mi hora cumbre. Levanto la falda de camilla y echo una firma; la ceniza se pega a la badila; señal de lluvia. El picón, negro un rato antes, está ahora al rojo vivo. Arrimo el sillón de mimbre y me acoplo al mismo tiempo a él y al calor del brasero. El frío silba; no sé por dónde entra o sale, pero silba. El pobre gato con la gatera tapiada ronronea a mis pies y me rabea en las cabrillas. En la tarima hay una taza de alhucema, tomo una brizna, rocío las brasas y me hago subir un olor cálido.

Todavía en mi aturdimiento oigo llovizna en la teja vana y a mi madre que me adormila

con el fandango de nuestro pueblo:

Pronto caerán las canales
 Agua menudita llueve
 Pronto caerán las canales
 Ábrame la puerta, cielo,
 Si no quieres que me cale
 Agua menudita llueve.

Un gallo me despiabiló. No sé a qué hora; probablemente a las tres, hora de los quiquiri-
 quies más altaneros. Las aspas no volteaban; in-
 dudas las molientes estarían entre tandas por-
 que correr aire sí que corría, se dejaba notar. Per-
 cibí el bufar de una caballería; un burro con un
 par de sacos terciados en su lomo. A mí vera el
 animal se trastabilló en la abrupta trocha; por
 el rabillo del ojo me miró y noté que sentía una
 cierta vergüenza; detrás, al paso, su amo desca-
 bezando un sueño dio un bostezo y susurró un
 arre maquinal; el burrito con las orejas gachas
 siguió paciente al molino portando su carga.

De pronto advierto que desde esta cumbre
 bien que se adivina tras las últimas casas del pue-
 blo la silueta del pino alto a cuyo abrigo mi padre
 levantaba con esmero, hasta con mimo, el tanto para
 su pájaro. La cara de la perdiz es apasionante. A mí
 el gusanillo me picó pronto. En un rincón del alpende
 de mi casa, mi padre tenía un cajón de cartuchos y
 tacos, un bote de pólvora y un rebordeador con el que yo
 me entretenía horas y horas, al igual que con los cartu-
 chos usados que él recogía para reutilizarlos. Él, a ve-
 ces, me llevaba al puesto. Me sentaba a su lado y me

abría una tronera a mi altura. Cuando abatía una perdiz la dejaba un rato en el sitio que caía para que su pájaro disfrutara viéndola vencida; pasado un tiempo prudencial yo me alargaba por ella, se la presentaba al reclamo y volvía al aguardo, sin dejar de manosearle el luche por ver si tenía muchos o pocos granos en él. Yo deseaba pronto otra pieza para poder unirla por sus fosas nasales con la que ya teníamos en el puesto. Esas mañanas solían ser frías y de lloviznas por ser la temporada de invierno y así respetar la época de los nidos y las posturas de las hembras. Una de esas mañanas amaneció con niebla espesa; mi padre dijo que pintaba lluvia y no se equivocó; el cielo no tardó en emborrascarse. Mi padre conocía una roca que por arriba sobresalía del terreno y que no estaba muy lejos de nosotros. Allí nos cobijamos, casi tendidos, hasta que cesó el chaparrón. Esta roca me trajo a la memoria esa otra de la elocuencia en Irlanda bajo la que hay que tenderse para conseguir el don de la oratoria. De mi padre guardo otros muchos recuerdos relacionados con la caza de la perdiz: la escopeta de cañón largo; la jaula y el jaulón de las tomas de tierra; la gabardina caqui con la que resguardaba a su reclamo a la ida y a la vuelta; su navaja de cadenas negras, y hasta las plumas que lucían en sus gorras algunos de sus amigos...

Cae la tarde. Oscurece lentamente.
Rumores lejanos se eternizan en sombras
que se alargan. Suena la oración.
Las ovejas entran sonolientas en el
redil y la camioneta, perezosa, sube
la carretera dejando en la cuneta
un rastro de olor a capital. Bañados
en sudor tras segar, trillar y
aventar bajo un sol de justicia algunos
arrieros arrian recuas con barchinas
de paja terciadas; otros, durante
la noche, custodiarán el grano, las
manijas y los tarros de pétalos de
azucenas para las heridas; hablarán
quedamente a la luz de la luna,
al olor del rastrojo y, echados sobre
la paja, irán cerrando sus ojos contando
estrellas.

O

C

a

S

O

Pa y m o g o

Una tarde tibia de septiembre entré en Paymogo. Lentos toques de una ermita llamaban a la oración. Yo curioseaba caras y sorprendido retenía en mi mente los pasos recelosos de los pasantes. En adelante, este iba a ser mi pueblo por unos años. Nunca me pude imaginar que se me iba a meter tan adentro.

Al norte el Castillo con su iglesia. Al sur la aduana, parada obligada de entradas y salidas para todo foráneo. Por el oeste cientos de trochas se bifurcan tras olores de torrefactos. Por el este el pueblo se pierde entre encinares.

Una tarde dejé el pueblo de mi infancia. Un camión cargó con los muebles, pero no llegó a cargar con lo intangible; no pudo cargar con la voz de mis amigos, ni con los olores de las calles, ni con mis sueños en el umbral de mi casa en las noches de luna clara; y allí dejaba, también, mi sillita, mi codre con cientos de imágenes en su cabina de enneas.

A mis quince años lo dejaba todo y respiraba el aire de un nuevo pueblo del que iré dando breves pinceladas de los cinco años que viví en él y del que no espero, tampoco, el recuerdo que alguien pueda tener de mí; por mi parte, eso sí, se notará que siento un fuerte arraigo por él.

Guardo en la memoria aquella tarde de otoño que por primera vez entré en Paymogo: olía a tierra mojada. Un cielo gris envolvía al pueblo. Arriba un arcoíris deshaciéndose pincelaba la torre de colores. Por una enrejada de calles estrechas busqué y encontré la que iba a ser mi casa por un tiempo; una casa grande al lado de una capilla que, en

esos momentos, su campana llamaba al culto. Todo me era extraño, mas quiso el destino que unas personas se me abrieran y todo dejara de ser ajeno para mí. Una de ellas orgullosa de su pueblo puso en mis manos, bajo cuerda, el libro "Aromas de la sierra" cuyo autor era del mismo pueblo: Manuel María de Soto Vázquez. Yo en esos días leía, con tacto también por estar igualmente prohibido, "Poesías" de Miguel Hernández. Veía similitud entrambos. En una máquina de escribir que el ayuntamiento me dejó, en un cuarto apartado, empecé a teclear las similitudes que me parecía encontrar. Tecleaba, igualmente, lo que me llegaba del devenir del pueblo. Hoy, tras sesenta años, saco aquellos folios mecanografiados con letra ya muy amortiguada que me animan y me dan pie para relatar la vida de cualquiera de ellos, sin olvidar la de esos hombres que traspasaban la frontera exponiendo sus vidas; por supuesto, relatado con cariño y respeto la de cada uno.

De "Poesías" de Miguel entresaco los poemas "Eterna sombra" y "Nanas de la cebolla".

De "Aromas de la sierra" de Soto Vázquez elijo los poemas "Soy un poeta español" y "A mi madre"; pero, desde luego, del que guardo un recuerdo grato es de la elegía "Mi hogar vacío" que una madrugada de invierno crudo me recitaron y me sobrecogió.

A mis quince años cotejaba los dos textos prohibidos. Manuel María decía: "abre ventana en tu casa" y Miguel "soy una ventana abierta".

El primero, "mi cadáver a la cumbre que le cante el viento" y el segundo, "que mi voz suba a los montes". El de Paymogo, "los de las ciudades no conocéis las dulzuras del hogar" y el de Orihuela, "vientos del pueblo me llevan".

Guardo otros recuerdos de este pueblo entrañable. Tengo presente al que en vida fue un ilustre personaje, paradigma de entrega profesional. Lo recuerdo siendo él un niño; lo veía todas las tardes a unos metros de mi casa. Ilustre personaje que trocó su corazón por el corazón de miles de niños. De su entereza ante la muerte dejó dicho que la vida es una victoria continua sobre ella, pero que vivimos como si no existiera. Él, cristiano y dechado de virtudes, no le tenía miedo; recordaba las palabras de Cristo: "el que cree en mí no morirá para siempre". Amante de su Andalucía; celoso de su tierra, de su Paymogo, de sus fiestas, de su romería de la Santa Cruz. Cardiólogo pediatra en el hospital infantil virgen del Rocío de Sevilla. Todo un orgullo para los paymogueros y para todos los que queremos a Paymogo. Ilustre José Santos de Soto, te recordamos con cariño.

Arriba el Castillo del que se descuelga el pueblo y, por un lado y otro, cientos de veredas que llevan al matutero a la frontera donde se encuentra el pan de cada día. Al regreso, anochecidas de misterios, de cuchicheos, de puertas que se abren al más leve roce y hasta una luna que se ocul-

ta entre nubarrones porque, a esta hora, en este pueblo encantador, todo y todas se unen en complicidad con el vecino que corre perseguido por la Guardia.

Hoy con destellos despunta la aurora en lontananza. Clarea. Rompe el día y yo en el Castillo buscando recuerdos que reviertan el pasado, recuerdos que iré narrando tal como me lleguen a la mente sin tener en cuenta orden alguno:

- Rincones con borrosas imágenes desde hace tanto; recuerdos de compañeros con los que impartí clases a mis diecisiete y a mis veinte años; orgullo por las personas que me quisieron, personas que no podré olvidar porque forman parte de mi vida; amigos de mis primeros años de juventud con los que disfruté de paseos, de rondas y de fandangos.

- Tengo presente aquel amanecer de Navidad cubierto de espesa niebla a ras de tierra y que por instantes dejaba ver un carril empapado por la rociada persistente de la noche anterior; aquel amanecer en que el mulo del carro del Tole jorobado por tábanos aqueó orejas, se dio a riendas sueltas, desequilibró ruedas y nos lanzó a tierra justo en el momento que nuestro zapatero rapsoda recitaba "Las del alba sería."

Restablecidos dimos en avanzar al destacamento de nuestros militares en Tarrillo para felicitarlos la pascua como llevábamos pen-

sado; cerca ya de nuestro destino, tras vencer una loma, se nos mostró a este lado de la rivera fronteriza del Chamea una pareja con sus uniformes verdes y del lado de allá de la misma una pareja de guardiñas con sus uniformes grises. Se atravesaba penuria y el contrabando del café obligaba a esas vigilancias de uno y otro lado; contrabando que me lanzó a escribir Calderilla con el mayor respeto para todos cuantos aparecen en el relato.

- Aquellas visitas a Joselito, excombatiente de la guerra de Cuba, el que algunas tardes de frío, en su silla baja de enneas, nos narraba curiosidades caribeñas mientras con el hurgón hacía chisporrotear y flamear el tuero que encendía su cara atezada; esas melodías de Antonio Machín en el Central con voz de Bartolomé el de la luz y con él, también, esas rondas con pick-up y discos de vinilo en ventanas elegidas de antemano; esas charlas baladíes por las esquinas como la del contrabandista que un anochecer sale de su escondite en el cementerio y salta a las aneas de un burro juntándose al que lo montaba, el que por la impresión, según dicen, no tardó en morir; aquella noche en la que de Rey Magó repartí regalos por todo el pueblo; aquel olor a torrefacto con traqueteos de pistolas y chirriar de puertas en las madrugadas...

- Ese carabimero que se deja la piel tras todo contrabandista, o ese otro, tan distinto, que a la caída de la tarde se aparta y deja libre el paso a esa mujer sudorosa con sus dos cartuchos de café, o devuelve la escopeta confiscada a un pobre hombre para que

pueda comer; ese caballo de batalla del día a día, o ese otro, tan distinto, solo de postín; esos hombres de veloces auroras y cuidadosos ocasos; ese aura novedoso con esencias de jaras; aquellos paseos por los campos con tintineos de agua en los arroyos y olores amargos de margaritas en el sí o no del me quieres o no me quieres.

- Era romería de la Santa Cruz donde los rezos se mezclan con esos fandangos valientes recordando el día a día del pueblo:

Mi jaca de muerte herida
 Una ronda la alcanzaba
 Murio' salvando mi vida
 Yo por la suya lloraba
 Qué pena de jaca mía.

En Paymogo hay, también, un buen número de personas aficionadas a la caza de la perdiz con reclamo. Yo, picado un tanto y con el legado que traía, no tardé en conocer un poco este distrito:

Ahora, ya solo, cargado con normas de comportamiento aprendidas desde pequeño, con normas de respeto y amor a la naturaleza; abierto a reconocer y a disfrutar de ella, de la espesura de

los boscajes, de los amaneceres neblinosos, de los destellos de luz al despuntar el alba. Cargado de paciencia para respetar las horas de espera, para interpretar los cantos de mi reclamo en sus lances con la perdiz campesina y reconocer, al punto, al macho campero por su orgullo y altanería. El campo y la caza de la perdiz tienen vida, tienen alma, tienen encanto. El campo y la caza de la perdiz en este nuevo pueblo un día me prendieron y me lancé a él:

Un leño de encina, chisporroteando en la chimenea, ha calentado el cuarto donde, acurrucado, he esperado cogerle la delantera al amanecer. Apenas una cabezada y ¡arriba! El viento, que ha soplado toda la noche, se ha echado. Engancho la jaula, me la cuelgo y a pasos de ciego, que aún falta para romper el día, me lanzo campo a través; solo se ve el lucero del alba, solo se oye el cucú del cuculillo. La tarde anterior, con jaras, he levantado mi aguardo. Por arriba, a cielo abierto; por los lados no he dejado resquicio por donde pueda asustar pieza alguna; y, a media altura, la tronera para sacar el cañón y observar los movimientos de mi perdigón. La mañana despunta; el campo empieza a tomar vida; crepita la es-

carda, el frío del relente atraviesa la sayuela de la jaula, de lo alto llega el rebudiar de un jato y del lindero el cuchicheo de una perdiz. Mi pájaro lo nota todo, empieza a hervirle la sangre y se altera. Levanté la sayuela y corrí; apenas me dio tiempo a acurrucarme en mi chozo y ya estaba él piñoneando, titeando y lanzándose por alto. El campo le responde. Por mi tronera me di cuenta que mi reclamo era un seductor, un donjuán; allí, en su trono, estaba él dueño y señor del campo rodeado de camperas. Si era hermano de aquel al que yo le mostraba las piezas que abatía mi padre. Aquel que un día dejó su curirí, dejó su piñoneo y dejó su alegría. Aquel mismo que murió de pena al mes justo de morir su dueño.

Entre las batidas en las que participé no dejaron de darse anécdotas, mas para ello nada mejor que recrearse con las "Anécdotas de caza" que editó en su día José Ignacio Nudi con historias reales, increíbles, curiosas, graciosas y emocionantes contadas por muchos cazadores como él mismo dice a la entrada de su libro; o bien, las que cuenta José Antonio Romero Llach en su libro "Caza de la perdiz con reclamo", en el que participan más de sesenta cazadores, como

aquella en la que cuenta las palabras de Román a José Saúco al regalarle este un pájaro diciéndole "no te servirá mucho porque está encelado con las personas", a lo que Román, viejo cazador, contestó: ¿qué me dices con lo manso y bonito que es? A José Saúco le corrió un escalofrío por todo cuerpo; Román, el viejo cazador, era totalmente ciego. Es de admirar el mimo que tienen todos estos cazadores a sus reclamos y el respeto que guardan, igualmente, a los pájaros del campo.

El día que culminó mi estancia en este pueblo, sentí un cierto amargor: dejaba allí parte de mi vida.

71

Calañas

Atrás quedaron los aires de la sierra de Santa Bárbara con sus olores a resinas de jaras y atrás quedaron los aires del castillo de Paymogo con sus aromas de café.

Hoy al alba he llegado a Calañás; me sabe a mineral. He subido por sus calles empinadas hasta darme con esa torre que se divisa desde lejos. Repican las campanas, revuelan los vencejos, sueña la gaita y redobla el tamboril. Huele a romero. La gente de tiros largos se acerca a la iglesia con puertas de par en par; es su fiesta grande, es su Mañana de gracia. Llega el atardecer; mi primer atardecer en Calañás; atardecida serena y apacible; calmosa y placentera; de silencio y embrujo; y, entre destellos crepusculares y olores de azahar en la placita, llega la promesa y el juramento...

Hecho como estaba a los caberos me di de frente con uno: el Peñasco. Lo visité al instante y seguí visitándolo mucho tiempo después. El Peñasco es uno de los montes emblemáticos de Calañás. Muchas tardes me encaramaba en algunos de sus ricos a recrearme en lo que el paraje ofrecía: aromas de tomillo y de romero, corretear de garapos que salían zecelosos de sus madrigueras con orejas tiesas a todos los vientos, vistas de pueblos.

blancos entre verdinegros encinares de la sierra, bruma desvaída en las marismas y, por un lado y otro, montes y collados multiformes con cimas bermejas y laderas cárdenas.

A la falda del Peñasco se asienta Calañas. Nadie viendo sus paseos y sus casas blancas puede imaginarse que este pueblo tenga unas entrañas tan negras. Calañas es minera. Hasta la torre tiene en el subsuelo vestigios de mina. Yo he recorrido galerías y he visto encofrar, cablear, encender mechas y he llegado a sentir la explosión y el desplome del mineral. Hay muchas minas abandonadas. El Peñasco, donde estoy, fue mina en su día. Siempre que me halló lejos de Calañas el apego me trae a este lugar si algo me relaciona con él. En el Puerto vizcaíno de Santurce me di con una estatua representando el dolor de una familia que esperaba que el mar le devolviera a su pescador. Me trasladó a Calañas; cuántas veces - pensé - habrá esperado la llegada de su minero la mujer calañesa; cuántas noches de invierno se habrá hecho estatua en el Peñasco por si veía acercarse la llama del carburo de su hombre. El Peñasco, este monte emblemático de Calañas tiene una historia amarga: cierta tarde, bien tarde ya, un joven da un traspié y cae a un pozo; gritos y quejas; después, silencio. Los amigos piden ayuda. Mucho más tarde una voz

entrecortada llega de la boca de un respiradero por el que el joven había reptado. Varios días de hospital. Hoy este calañés vive en una de nuestras islas.

He vuelto a recorrer la carretera tortuosa hasta las aguas cobrizas del Odíel. De la sombra fresca de los pinos me han llegado emotivos rasqueos de guitarra. He sentido los pasos asentados de los costaleros, el murmullo de los rezos y de ojos trémulos sus lágrimas contenidas. He percibido los olores que exhalan las flores de la ribera. He saboreado el vino de la Virgen. He rezado la jaculatoria heredada de siglos. He notado la brisa que lleva el toque de las campanas y el pasmo del ciprés entuerto entre cientos sueños dormidos. Y al final, cuando ya se van entremerclando los pasos de los fieles de Sotiel que despiden a su Virgen, con los pasos de los fieles de lallañas que la saludan, me conmueve la devoción exultante de unos y otros.

Comenta una leyenda que un día vivió en el Morante un rey, el Señor del Morante, en un castillo con una torre muy alta. Allí vivía su hija, una joven princesa muy bella y hermosa. Cuenta además la leyenda que un joven príncipe construyó un castillo en una elevada colina en el tranquilo y silencioso Peñasquillo para defenderse de su peor enemigo, el Rey y Señor del Morante. Un día el

príncipe salió de paseo y vio a la joven Princesa. La encontró tan linda y preciosa que rápidamente se enamoró de ella y su amor fue correspondido. Dicen que el Príncipe todas las noches subía hasta un pequeño cerro lleno de riscos jaspeados; y allí, ocultos entre unos ramos de flores, dejaba mensajes de amor para su amada. A la mañana siguiente, a escondida de su padre, la bella Princesa bajaba del Morante e iba a recoger entre los riscos los ramos de flores y el cariñoso y dulce mensaje de su príncipe azul. Cuando llegó a oídos del Rey que su hija tenía amistad con el Príncipe, el señor del Morante, violento, indignado y furibundo le dijo a su bella Princesa: "Antes de entregar tu mano a ese Príncipe y enemigo te encerraré para siempre en la torre más alta del castillo". Y antes de cumplir su palabra, el soberbio furioso Rey, con unas Tijeras de oro, cortó la fina y brillante melena de su hija y sus cabellos cayeron como hojas muertas entre los verdes espinos que en primavera florecen entre los morados riscos del Morante. Aquellos cabellos rotos, aquellas largas noches separadas de su Príncipe, aquella cárcel de por vida provocaron la muerte prematura de la bella Princesa. La Princesa murió de amor. La casa de la Reina quedó vacía y de ella subió una estrella. Dicen que su cuerpo fue amor-

tajado con blancas flores de jara. Y en el Peñasquillo, el Príncipe que seguía buscando a su Princesa, acabó desvaneciéndose y elevándose como lucero a la inmensidad del Universo y que desde allí, desde el firmamento, en las noches oscuras de Calañas, Estrella y Lucero, siempre unidos, vigilan la casa de la Reina e iluminan los riscos del Peñasquillo.

En estos días he visto, también, la ermita de la Virgen a orilla del río, pero no del río Odiel sino del río Manzanares; y la he visto fresca y sombreada, pero no por los pinos de Sotiel sino por la arboleda del parque Arganzuela. Allá, al sur de Madrid, en el barrio de Usera, he visto en estos días la ermita de la Coronada. Epifanio, Epi para la clientela arruga, acogió siempre en su bodega a cuantos emigrantes llegaron hasta él del Cerro, pueblo andevalaño de rai-gambre. Epi, tras el mostrador y mientras sirve tinto de Mérida y aguardiente de Zalamea, va levantando con tablillas y solo con la aguda de una lima fina y un cúter rojo, catedrales como las de Burgos, León, Milán, Florencia y mudas más, a la vez que habla y habla de la evolución e involución de los seres animados, de la aguja de los hebreos, del muro de las Samentaciones y, todo, con una labia como si acabara de doctorarse en la materia. Al frente, en la estantería, hay arriba un reloj redondo, amarillo y casi ignorado por todos, al que se le nota más que

a ningún otro reloj del mundo el paso del tiempo, como se le nota, también, la vejez a las botellas que lo rodean; botellas de vermouth y sifón, de casera y moscatel sin alcohol; botellas viejas, setentonas y canosas del polvo acumulado; sin embargo, en medio de tanta senectud, hay una tarjeta manuscrita en la que reza: "el alma no cambia". Más abajo, en el centro, bocetos a lápiz de caras humanas, figuras egipcias, una estampa de la Gioconda del Louvre y otra de su gemela en el Prado; esta con una sonrisa más clara, amplia y picaresca que la primera. Después, por el resto de los testeros, copas ganadas en el campo de la Chimenea y una excelente colección de carteles taurinos que en su día valió para que grabaran secuencias de una película. La bodega de Epi es todo un lugar para soñar, de nostálgicos, de los que sueñan con la plaza de su pueblo, de los que oyen rasgueos de guitarra y fandangos, de los que huelen guarnelos y saborean habas enapatadas. Mi compadre es un nostálgico de los buenos por eso dijo un día: "Epi, coge tu lima y tu cúter y móntame la errrita de mis sueños que quiero tenerla a mano". Cuando voy abandonando la bodega, me doy con otra máxima manuscrita como si fuera un adiós de Epi para hacernos meditar por el camino: "Que Dios te conceda el doble de lo que me deseas". Hoy, en la Casa de la Hermandad de Calañas se funden el sueño de mi

compadre y el arte de Epi.

En el Andévalo no se da solo la caza de la perdiz; se da, también, la caza mayor, sobre todo, en Calañas:

Anocheía. Más de cien monteros en la Berdura. ¡iii La Berdura!!! Casa vetusta en la que ni de pie caben veinte. Salón fogón que acapara el Persianas, un cocinero gallego alto y delgado que él solito se las apaña para servir platos apetitosos durante toda la noche. Afuera, tueros de encina arden y mitigan el frío de noviembre y alrededor hombres de temple capaces de resistir al raso con la cocina del gallego, con el mosto de Umbrete, con rasqueos de guitarra y con quejíos de fandangos. La noche es larga. Se habla de jabatos, de encarnes, de querencias; de rehalas con castas, de olfatos, de rastros; de perros que presionan a los jabatos para que corran y lleguen a donde tienen que ser abatidos. Raya el alba; la hora de la verdad. Tellicas y pasamontañas. Cada montero con su rifle. Cada pastor con su cuadrilla. Se espera la niebla. Traspasamos el encinar. Nos adentramos en la manda exuberante que nos hace culebrear entre jaras pringosas empapadas de la rociada. Se aspiran olores amalgamados de mortuños y mastranzos, de albahacas, espliegos y madroñeras...

¡¡¡Silencio!!!, habla el campo. Se oye el cornetín.
Se vislumbra un fogonazo. La jauría se desmadró.
Un jabato irrumpe en la maleza. Una fría oleada
trae olor a pólvora. Atención, la montería ha
comenzado:

La montería

Ladrando van por el monte	¡Tú allá, atento a la baja'!
entre torviscas y jaras	¡Tú que eres fuerte, al río!
de lebreles y podencos	¡Tú, a la chaparra quemá!
por lo menos cinco realas	Y así siguiendo un firme
Delante llevan gruñendo	rito de época pasada
con cerdas empinadas	sin excusas ni melindres
cinco jabatos feroces	queda la guardia montada.
con dentadura afilada.	Ya estás solo. Inmóvil. Fija
No les aterran subidas	en el monte la mirada.
ni profundas hondonadas,	El frío, la espera y el ansia
ni tupidas madroneras,	van dejando el alma helada.
ni canteras desgajadas.	Allí te quisiera ver
Las balas silban. La pólvora,	esperando la manada
en los aires, huele quemada.	a solas con tu espingarda
La bravura de las fieras	en la roca más alzada.
deja la mandra arrasada.	La niebla se espera cumbre
Antes con su rifle en ristre	abajo y, por la nevada
y la gorra bien calada	ladera, se funde al frío
el más experto montero	deshielo de la rociada.
dio órdenes en la cañada:	Silba cruzando el cielo
¡Tú aquí, guardando la umbría!	la perdiz desaparejada

y, rompiéndose entre juncos,
 crepita el agua escarchada.
 ¡Taba...to! ¡Taba...to va!
 Viene del monte quebrada
 la voz y su eco sonoro
 resuena en la cascada.
 Ya se barriunta, en la mancha,
 la lucha desesperada
 de los feroces jabatos
 con la jauría desatada.
 Ya se ven entre matojos
 las navajas esmaltadas
 y la piel de los perros,
 rota, chorrea ensangrentada.
 ¡Empuña el rifle, montero,

apúntale a la quijada!,
 no sudés tanto, ni tiembles
 mirando la colmillada
 que en visperas fueron armas
 con esmero revisadas
 y la hoja de los aceros
 firmemente comprobada.
 ¡No sudés tanto, ni tiembles
 mirando la colmillada!
 ¡Empuña el rifle, montero,
 apúntale a la quijada!
 Allí te quisiere ver,
 esperando la manada,
 a solas con tu espingarda
 en la roca más alzada.

A José Ignacio

José Ignacio es uno de los mejores cazadores que han pasado por la "Berdura". Cierta tarde a su regreso de ojear unas mandras se notó algo extraño. Sufrió un derrame cerebral del que fue intervenido en un hospital de Málaga. Allí lo visité y plasmeé cuanto recordé de su andadura:

El recinto está lleno de palmeras. Pero solo una tiene su copa abarrotada de pájaros. Para poner en pie lo que esta imagen me

ha evocado, tengo que concentrarme bien para recordar un tiempo tan lejano ya. Con siete años, la víspera de feria, el niño, siempre acompañado de su primo Eduardo, esperaba pacientemente a la sombra de un árbol del real a que levantasen la tienda de los cacharritos. Era el primero en comprar; en comprar una flamante escopeta de flechas. Ya no habría más feria para él, ni tampoco más saltamontes, ni grillos, ni lagartijas en los alrededores de la vivienda. Desde el alba tras el escarabajo pelotero y hasta bien entrada la noche con la espía a las salamangueras de las farolas, se alargaba su cacería. Al escarabajo le echaba bastante aguante; observaba cómo el insecto depositaba sus huevos en la pelota de excrementos y cómo la transportaba haciéndola rodar hasta el nido para que allí los incubasen el sol. Tanto del escarabajo como de la salamanguera aprendía a tener la paciencia de la espera tan necesaria en todo cazador. Con diez años se agregaba a las batidas de cara menor en las que como un perro más levantaba las mandas. A los doce manejaba la garro y la norica con gran maestría: donde ponía el ojo ponía el plomo, sobre todo, en el moño de las coquijadas. A los quince con la sarasqueta era dueño y señor de la pluma y del rabo en jarales y cañadas. Más tarde supeditando toda su vida a su vocación se hizo periodista de caza como no podía ser de otra manera; y,

concretamente, en Trofeo. A partir de ahí, artículos y más artículos; amenizando, difundiendo, denunciando si llegaba el caso; recorriendo mundos, haciendo amigos, visitando ferias, pasando noches y noches sin dormir por vocación y por amor a su revista a la que está entregado como director y todo con la sencillez que siempre le caracterizó. En su día lo visité en el hospital de Málaga. Su cama daba por un ventanal a un patio a cielo abierto. Es curioso. El patio era amplio, abarrotado de palmeras, sin embargo, solo una, la que daba al ventanal de su cama, se llenaba de pájaros: loros de distintas clases, gorriónes moriscos, tórtolas turcas, palomas... Es cierto. Yo me pregunto si no sería un homenaje de estas aves al que tanto ama su entorno. Por si acaso yo me uno a ese mismo homenaje. Don José Ignacio Nudi, ¡arriba!

A esta crónica se hizo eco el escritor y periodista Tico MEDINA de la que llegó a decir en la revista antes mencionada:

"Aseguro que hacía tiempo que no leía una tan bella crónica como la dedicada a nuestro "jefe de armada", el maestro Nudi. Lealtad y estilo. Me hubiese gustado firmarla".

Tico MEDINA.

Santa Bárbara

Raymogo

Calañas

Semana Santa

Años cuarenta. Viernes Santo. Noche oscura, tétrica. Dos filas de mujeres de riguroso luto bordean la calle. Detrás a hombros de costaleros el Paso y tras el Paso hombres apiñados por mor de un frío que congela. Negros nubarrones a todo correr van ofuscando una luna que intenta remontar dejando entreverasos de luces y sombras. Con denegrida sotana y esclarina púrpura el monaquillo balancea el incensario haciendo subir un aromático olor que revoca en las esquinas junto al aroma que desprenden los deviles del Cristo. Algunas mujeres portan velas raquílicas que se doblan con la brisa. Murmullo de rezos. Sin tambores; los redobles que se oyen son de las botas con tachuelas en los riscos de las calles. Solo una voz asciende al Cielo:

Perdona a tu Pueblo, Señor;

Perdona a tu Pueblo,

Perdónalo, Señor.

La jira

Tras Semana Santa los pueblos andevalenses siempre celebraron en un día prefijado y desde tiempo inmemorial su pascua florida, su jira. Los pueblos se echaban al camino y a la sombra de encinares verdinegros acampaban en un manto de hierba nueva con sus amapolas y sus margaritas, mientras un paciente burrillo maneado y libre de albarda y ronzal rumiaba sueños. Alpargatas de goma y gorrillas de visera, vino blanco a granel; lechuga, huevo duro pintado de lirios y roscos colgados en el antebrazo. A la sombra de copudos encinares quedaron tantas cosas enterradas...

La romería

Un día la jira pasó a romería. La romería traía en sus entrañas la savia de la jira, pero con cambios notables:

- de alpargatas de goma a botas con espuelas,
- de gorrilla con visera a sombrero cordobés,
- de vino de garrafa en lata a rebujito en catarino de cristal,
- de burrillo que rumia sueños a jaca que trenza pasos y modula relinchos.

Ahora no es un ir y venir, ahora, en algunos de sus pueblos, es un ir y quedarse a la luz de la luna, al fresco del relente, al calor de las fogatas que atemperan en la madrugada las caras lívidas de las romeras.

Cada uno de estos tres pueblos andevalleños tiene su romería:

Santa Bárbara la de San Sebastián,
Paymogo la de la Santa Cruz y
Calañas la de su Virgen de Coronada.

Cada romería con su pregón y cada uno de ellos incide en el mismo mensaje:

"Romero, prepara tu talega y llénala de amor que ya la juncia alfombra de verde la ribera y los lirios pincelan los campos de Escua Florida. Prepara tu talega que la marcha fúnebre del Santo Entierro ya se trocó en alegre repique de Resurrección. Prepara tu talega, coge tu traje de peregrino, toma el sendero y a la sombra de alguna encina abre tu talega y comparte tu vino y tu pan".

Y en cada una de estas romerías
es la jaca la señera:

Desde el alba como una quinceañera se aicala de romera con sus ricitos en la cola y en la testuz su visera, con bastante lustre en las bri-

das y más lustre en la estribera; después se mira y se gusta en la sombra de la acera y, nerviosa, relincha y zapatea.

- Monta ya tu jaca, romero. ¡Móntala! Apriétala entre tus piernas y une tu calor al calor que ella emana. Sin prisas, ni trotes ni galopadas, que sus nervios se templen solo con tus caricias y tus palabras mágicas. Luego, si quiere que se lincea ante la potrada.

Ya se vislumbra la ermita; que empiece la danza con el balanceo de sus crines y el columpio de su cola larga; que sus pasos y cabeceos trenzan bailes por serillanas; que invente caracoleos y relinche si le da la gana que este recinto sagrado ya forma parte de su alma.

Después ante la puerta santa, con fe...

- quitate tú el sombrero y ella ¡que arrodille sus patas!

Y tras la romería la feria en cada uno de estos pueblos:

Bandas con gigantes y cabezudos corretean plazas y calles. Palos teñidos de blanco y añil coronados de verdes cadenetas y rojos globos de papel a lo largo y ancho del real. Cucañas, cohetes, repiqueteos de rifas y voceos de garrapiñadas. Carreras de cintas y bailes de madrugadas hasta rayar el alba.



Recuerdos manuscritos

Es la memoria del autor sobre su paso por los tres pueblos principales que han influido en su vida.

Santa Bárbara de Casa, Paymogo y Calañas.

Este libro ha sido una petición de su familia tras tener ya la publicación de *Calderilla, Juan Gañafote y otros escritos*.